

## BOBBY Y LAS APARICIONES

*Jesús ha dicho: El que ha conocido el mundo  
ha encontrado un cadáver,  
y para el que ha encontrado un cadáver,  
el mundo no es digno de él.*

*Evangelio de Tomás.*

ES MOLESTO Y ABURRIDO: eso de que Bobby era un pintor pobre, que su angustia... Es como hacer poemas con frases como “crudo invierno” o “noche oscura” o comparar las telenovelas y los best sellers con Shakespeare. Para la gente de la calle, claro, hasta da lo mismo, pero debemos concordar en que esas redundancias de charla de café no son dignas de recordar tras la muerte de una de las más brillantes promesas del arte de nuestra ciudad.

¿Que estaba enfermo? Claro que estaba enfermo, pero dudo de que la gente común, la de la calle, entienda eso bien. No quiero decir las siutquierías de estar “enfermo de pintura”: hablo de los otros males, los *verdaderos*. Y recuérdese, por lo que anden diciendo, que no hay nada de especial en que un artista joven sea esmirriado casi hasta desvanecerse, o que tenga la piel marcada por breves años vividos demasiado intensamente; la palidez se echa a cuenta de las transnochadas. Y por eso es todo este cuento de la enfermedad tan confuso: creo que este relato hará pensar mejor a los que aún especulan en grandes palabras altisonantes o en el virus que se dice que tenía. Porque yo lo vi morir, y ustedes no. Ni siquiera todos estos señores y damas de

la vida artística de esta ciudadela, que miran el cajón con la cara compungida, pueden entenderlo. Pero por lo que pueda servir, acá va lo que les puedo contar de ese maldito día y por qué es absurdo que sigan en este lugar, velando a alguien que va uno a saber quién es.

Porque Bobby no es.

Ayer no más, alrededor de las once de la mañana, pasé el parquecito y las cuatro cuadras para llegar a la casa en que él vivía, de esas que al dueño ya no le interesan y que los arrendatarios de las piezas aprenden a soportar con sus murallas húmedas y sus contactos eléctricos antediluvianos.

Tras la mala cara del desafortunado hombrón de la pieza más próxima a la puerta de calle y el pasillo de tablas apolilladas, surgió el rostro de Bobby a medio salir, las ojeras, la irritación, todo eso que es propio de las mañanas siguientes. Nada especial para un día como ayer, que más encima estaba nublado.

—Está durmiendo —dijo.

—¿Quién? —pregunté, haciendo el gesto de pasar. Bobby empujó la puerta un poco más, se hurgó el bolsillo y me dio un billete:

—Un vodka, viejo, y teuento.

Cinco minutos después entraba de nuevo al lugar donde el día todavía no parecía haberlo hecho. Llevaba un buen vodka ruso y una bolsa de hielo. En el estudio —la sala principal, digamos— sólo estaba la estampa flacuchenta de Bobby cubierta por los pantalones de mezclilla y la polera blanca, entintados como los viejos lienzos inútiles arrojados sobre el par de muebles de segunda mano. En el atril, la misma pintura que había visto empezada hacia un mes, pero con escaso avance: una caleta de pescadores con el falso realismo que le permitía ganarse uno que otro concurso, mas con los

toques de ironía que le eran naturales a Bobby —una figura obscena insinuada entre los roqueríos del fondo, el teléfono celular sobre las redes.

Al no ver en la habitación a la esperada musa ya despierta y temiendo haber cometido una indiscreción, le hice un comentario al pasar sobre la demora en esa caleta de pescadores, ya que imaginaba era para un concurso que cerraba en menos de una semana, en un municipio costero.

—Eso se llamó el roce del misterio —dijo Bobby con gesto y voz intencionados—. A ver, dos vasos y limones —y se escurrió hacia el dormitorio, donde descorrió las cortinas de las estrechas ventanas.

La luz que se colaba por la puerta abierta por Bobby empezó a disipar la oscuridad, como si recién hiciera amanecer, modificando de a poco los tonos de la pieza y dejando ver los innumerables trabajos de pequeño formato y los bocetos que colmaban los muros. Y ahí me puse a pensar en cómo puede uno mantener la cabeza fría en este oficio. Pues, claro, si ustedes fueran a ver ahora esos muros, que deben estar tal como ayer, y reprodujeran la misma entrada paulatina de la luz, se darían cuenta de cómo parecen hechizar, hacer guiños: los colores del Bobby del último año —la gama de rojos, insistente en los trazos más intensos, marcaba suavemente lo que parecían ser otros manchones amarillos, pardos o de color metálico, dando la imagen de un fuego inextinguible—, la simple disposición de tintas respirando, moviéndose a milímetros, presentándose viva de súbito. Con la plena luz, el lugar estaba más que amanecido: se diría más bien encendido y, más aun, puesto *por sobre* el día blanquecino y seco. Ustedes los que tienen un cuadro o dos adornando el living, difícilmente pueden imaginar cómo se siente.

—No dejaste nada de los azules —le dije cuando regresaba a la sala principal—. Le podría haber dado a esto un poco de calma visual. ¿Los tienes ahí dentro?

—Claro, claro, claro. Pues nada se pierde —respondió, asomándose con una sonrisa enigmática y uno de los vasos ya servidos—. ¿Pero tú crees que esos azules daban calma?

—No, en absoluto. Eran durísimos —comenté y me mandé un trago—. Rico, rico... Hace falta esto en los días nublados... Lo que digo es que con esta cantidad de rojos, cualquiera se sobresalta.

—Bueno es que sobresalten. Salud —dijo con esa sonrisa burlona—. Y si no sobresaltan, mejor dedicarse a pintar casas, ¿no, compañerito? Para los azules, ya hay un buen lugar.

—O sea, ¿no están acá?

—Hombre de poca fe, hombre de poca fe... ¿Te cuento o no?

Dejó a un lado el vaso, se puso de pie y me miró con la expresión de un artista circense preparándose para su acto desde la altura de un trapecio.

De un golpe se sacó la polera.

Ahí, sobre el ombligo, estaba la primera de las figuras que vi en ese maldito día.

—Mira, es la sirenita. De las lindas curvas de Pamelita a la fría tela de un lienzo, y luego hasta acá, recuperando carne. Fíjate: ¿qué te parece? —Bobby acariciaba ostentosamente la vaga mancha azul que, aunque de bordes inciertos, dejaba notar las curvas de la figura de un antiguo cuadro suyo, justamente uno de aquellos azules por los que le había preguntado antes y que fueron su puerta de entrada al mundo de las exposiciones.

—Está claro que eso no está tatuado —dije. El co-

lor era vivo y las líneas, ágiles—. Pero no alcanzo a ver bien el trazo.

—Eso, si hubiera trazo —Bobby se sentó con el torso forzadamente erguido, para que permaneciera a la vista el enigma—. La pintura es una cosa muerta, compañero —bebió un gran sorbo de vodka.

—Entonces, aquello está vivo... —repuse, aún de buen humor.

—Bueno... Pues fíjate: *ella* está viva.

Sorpresivamente me di cuenta de que lo que parecía disparate era, a lo menos, más evidente y probable de lo que yo había pensado. Eso no era una simple intervención del cuerpo: ningún tinte podría presentar la sutil vacilación de los bordes, la diferencia fluctuante de tonos en la superficie.

—¿Entonces es un lunar? ¿Algo químico?

—Algo así, algo así... O todo y nada de eso —Bobby subrayó el misterio extendiendo aun más la piel que alojaba la tinta o lo que fuera aquello—. El estudio paciente lleva a grandes logros, grandes, grandes logros. Salud.

Y se quedó con expresión de monje satisfecho tras tomar otro largo trago de vodka.

En una breve reflexión para mí solo, me di cuenta de lo mal que puede hacer apartarse mucho tiempo de la vida cotidiana, por más infantil y enana que parezca cuando uno está respirando otros aires. Para Bobby esos otros aires fueron los extensos viajes del verano por la Patagonia, donde se dio casi tres meses para liberar su obsesión por las experiencias lumínicas distintas: la pampa argentina, la cordillera de Aysén, los fiordos al sur del Golfo de Penas. Así, apartado de la huella humana, de seguro se aprende. Pero a la vuelta, los pies sobre el suelo pesan un poco más, o quizás mucho: que lo diga Bobby, que en estos meses de otoño había trabajado casi

nada y con desgano. Ciento es que no dejó los paseos por la noche de la ciudad, una buena botella de buen licor o la piel suave y generosa de varias buenas hembras, pero en cuanto había que hablar de arte o quedarse un minuto quieto... De hecho, ni siquiera había ido a las inauguraciones y las lenguas más ácidas afirmaban que ni siquiera había entrado a las galerías: se le encontraba, de seguro, más tarde, con el rostro relajado de quien deja pasar el tiempo sin estorbarlo, invariablemente tasando posibles conquistas y sacando un cigarrillo tras otro.

—A ver, sírveme un vaso más y déjate de misterios —le dije—. Es decir, has perdido de vender y te has dado a la *dolce vita* tan sólo para jugar con nuevos tintes... A Da Vinci le pagaban por hacer experimentos, Bobby; y hay que vivir en el mundo salvaje.

—Ciertos saberes valen más que el dinero, *my materialistic friend*. Es lo que pasa con la gente dedicada al arte en este país: siempre pegados a la vileza de los materiales. ¡Hay que despertar, y de una vez! —sonrió, exaltado, y me entregó de vuelta el vaso lleno. Tras una pausa dramática, continuó más calmado—. El problema del cuadro es que malacostumbró a la gente desde el inicio a cierta religiosidad de la tela, obsceno, obsceno. Como el pan y el vino en el altar, como las banderas, como los emblemas y los valientes prohombres de piel de estatua, pura mierda, compañero. *Realidad*, ése es el truco, el fundamento: cuando Gauguin vendía por pan y pescado los despojos opacos de su vida esplendente, ¿crees que no sabía lo que hacía, que era *necesidad*? Ahí, ahí justo estaba la cosa: y todos los cretinos sin ver lo que estaba ante sus ojos. Y cuando los vanguardistas quisieron separarse de esa tradición, sólo les dio el resuello para operaciones económicas: darle valor al aire y al silencio, sentido al absurdo. No im-

porta el soporte, el programa, todas esas pelotudeces: es aire, discurso, literatura. Los cuerpos pintados, un registro que se puede transar en el mercado sin importar la mano o el pellejo. No, no, no: cualquier pellejo sirve, y tal como va el mundo del *arte*, cualquier mano...

—Ya, ya. El arte total.

—Ay, compañerito, esas viejas frases. Aire, discurso, literatura —mientras Bobby hablaba, la sirena parecía exaltarse sin que los músculos del vientre se movieran. Recién entonces, en ese silencio, empecé a sentir miedo, porque ya era evidente que eso no era sencillamente un trabajo de tintas. Incluso parecía, poco a poco, criar una forma mucho menos sugestiva y mucho más irrefutable: brazos, piernas, cabelleira. Tomé la mitad de vodka que quedaba en mi vaso e intenté iniciar un preludio digno para irme.

—A la tarde viene mi primo Marcelo donde los viejos —mentí—. Tú lo conociste, el año pasado. Allá va a llegar, así que tendré que descansar una horita en la casa.

—Parece, parece que me acuerdo de él —respondió—. Y justamente tenía ganas de tomar un poco de aire. Te encamino. En una de esas está Fernandillo, ¿no?

—Me parece que está —respondí, más relajado ante la posibilidad de que Bobby se quedara dando su función a Fernando.

Diez minutos después, ya estábamos caminando hacia la casa que compartía con otros amigos pintores. Bobby llevaba la botella a medias en una bolsa oscura. El día seguía frío y gris, pero con el alcohol en el cuerpo no se sentía, y menos yo, que adelantaba el ritmo de la marcha, impaciente. Pensé, mientras veía a la gente andar en sus afanes, lo alejada que está de las cosas que uno tiene que ver en el mundo de los artistas: parece que su física, su biología no fuera la

misma. Por eso es que tengo tan poca esperanza en que se entienda realmente lo de Bobby. Está en ustedes creer o no, en todo caso: pero imaginense quién, aparte de nosotros, entiende lo que acostumbramos hablar. Es como si fuera otro mundo.

—Mira el día que nos toca —decía con la retórica del trago aún en la sangre, mientras caminábamos por el centro—. Estos días son días, no más. Para qué sirven. Falta la entrada de la maravilla...

—Es como el país, y así funcionan. La gente vive su vida.

—Vida, vida... ¡ja! Yo sí sé lo que es vida, compañero. Es la entrada de la maravilla... —hizo un ademán sobre su estómago. Yo apuré el paso.

Cruzamos las calles del centro y la línea férrea, y llegamos a la casa. Por suerte, estaba Fernando.

—Pero, hermano Bobby, tantos años... —nos recibió.

—Siglos, Fernandillo, siglos —Bobby apoyó la bolsa sobre la mesa del recibidor y descubrió su contenido—. Y ese monstruo debe ser de los tuyos, ¿no? De terror, maquinal, Fernandillo...

—No se preocupan con que vaya adentro... —dije.

—Vaya no más. Pues he aquí la porción de Fernando, el maquinal —sirvió los vasos que había traído mi compañero de casa, mientras yo me iba a la pieza. Entre lo desagradable del día, el vodka y las extravagancias de Bobby, sólo quedaba lugar para la fatiga que me tendió en la cama.

Por la ventana la luz ya no entraba cuando desperté: tan sólo la eléctrica, desde la sala de estar, más allá del pasillo. Con la siesta aún pesándome en la cabeza y en los hombros, volví hacia la sala, siguiendo la dirección de la voz de Fernando.

—Es como una operación matemática, ¿no? Pero siempre y cuando se piense todo el tiempo en el cero, el cero... —decía, con acento alcohólico indeciso.

—Eh, y de hecho, va por ahí —Bobby respondía con la lengua trabada y la garganta ronca—. Compañerito, no fue a parte alguna, según se ve: pase al pisco y olvídense de la torpe sombra familiar, que ya os debe haber *des-esperado*.

Recién entonces lo vi, frente a Fernando, quien lo apreciaba con la cabeza inclinada hacia atrás, tomando conciencia de la perspectiva: el cuerpo de Bobby, en calzoncillos, todo él un extendido despliegue de imágenes de colores vivos y diversos. No era tan sólo la infernal figura azul: sobre ella, *trepando* hacia el cuello, dos dragones de estilo chino, como pulmones agigantados intentando salir de la carne, los hocicos ágiles y vivos; en el brazo derecho, una serpiente sinuosa *desplazándose*, las escamas hiriéndose en el camino, poros que sangraban lentamente gotas dejadas por una aspersión; y en el izquierdo, una copia de las conexiones metálicas del cuadro de Fernando que estaba en la sala, pero que *funcionaba*, se movía con el más maquinal de los ritmos, los huesos desplazándose, desgarrando la carne. Las piernas estaban marcadas por multicolores y chillonas ruedas de la fortuna de tarot, que *daban vueltas*, instaladas sobre el eje débil que las rodillas dejaban ver por encima de un cielo falso bajo el que yacía, en la pierna izquierda, la ciudad de día, con el odioso paseo céntrico, las sillas de los cafés pretenciosos que miran a la plaza y el febril movimiento, como venas o arterias, de hombres y mujeres sin expresión ni dirección, y en la pierna derecha, nosotros, ahí mismo en la casa, el día hace cuatro años en que la inauguramos, Fernando, Bobby, yo y todos los otros pintores y músicos de la ciudad, brin-

dando, bailando y hablando, la pantalla falsa del cielo nocturno calma y apadrinando nuestra alegría en esa época en que nada nos parecía negado. La frente y las sienes *crepitaban* con el fuego, las llamas tomaban el cuerpo hasta quemar la punta de las orejas y reptiles ardían y renacían desde ellas, subiendo semicalcinados por las mejillas, los intersticios entre los ojos y la nariz. En el trecho de espalda que se veía tras el sillón, entero, claro, extendido, un azul de cielo, tan bello como el más bello de los cielos de la mañana en Patagonia, tanto así que las nubes se insinuaban, aparecían y desaparecían a merced de un brillo dorado y limpio: el sol, que no se veía.

—En fin, no debe ser tan difícil —Fernando continuaba en su inerte borrachera—. Suponiendo que uno siente, y sabe qué siente...

—¡Vamos, esto ya no puede ser! —interrumpí, ya cansado de las artes demenciales de Bobby—. ¿Qué es lo que esto significa? ¿Qué vas a hacer con esto? ¡Porque esto no es para la televisión, no es para dar funciones circenses! ¿Quieres aparecer en los libros de especulación mágica, que te estudien en laboratorios secretos? ¿Cuál es el fin de todo esto? ¡Para esto es que vivías *tus grandes retiros del espíritu*?

—Calma, calma, compañero —Bobby me respondió con el tono grandilocuente y retórico que ocupaba en la ebriedad—. No hay para qué irritarse. Dejemos pasar el tiempo en su carro imperturbable y al Arte, el Gran Arte, pasar su calvario —las malditas salamandras se arrastraban como oscuras venas por su cara.

—Nada de calma. Me voy a comprar unos putos cigarros y espero que no estés cuando vuelva.

—Como quiera, compañero. Qué mal sueño te ha pasado por encima. Le pasa cada cosa a la gente que no

quiere pasar la vida como pasa la vida misma...

Le dejé elucubrando y salí.

Fui, en efecto, a comprar cigarrillos a la esquina, pero me puse a hacer tiempo caminando por ese barrio que quería dejar de ser sombrío. No nos había sido difícil descubrir el lugar donde irnos a vivir juntos hacía cuatro años cuando, ya en tercero de la carrera, nos decidíamos a tener esperanzas: la época del lirismo infatigable, en que los ya elegidos por el rigor de los ejercicios de dibujo y teoría del color le poníamos al Arte una gran A mayúscula y teníamos la eternidad como meta. Todas esas calles que rodeaban la vía férrea eran justo las que se habían remendado después de los dos terremotos del siglo, mientras el resto de la ciudad había olvidado la muerte con arquitecturas frías y experimentales. Cuando Fernando, Bobby y dos o tres almas más decidimos compartir juntos las penas y las alegrías del Gran Futuro, no había otro lugar más pleno y significativo para darle a todo ese mundo de soberbia y burocracias el desdén laborioso de nuestras obras. En cuatro años mucho había pasado: ahora sólo Fernando y yo nos quedábamos ahí, con la posibilidad de arrendar solos gracias a los trabajos de diseño o publicidad que nos llegaban regularmente; del resto de los que habían pasado por la casa, unos habían marchado a la capital, otros de vuelta a la casa de sus padres y la gran mayoría a dedicarse a un montón de oficios imposibles: vendedores legales o ilegales, administradores de bar, la construcción. En cuanto a la casa, ya no tenía el carácter bohemio de antes: ahora estaba más limpia y aplicada a nuestras necesidades, cómoda y silenciosa.

Decidí volver.

—¡El arte se acabó, y lo mató Bobby! —trastabilló la lengua de Fernando, cuando me vio entrar—. Más encima, ahora va a demostrar más, más que todo eso:

¡la inmortalidad! Nosotros, todos nosotros estamos equivocados. Bobby venció: *todo* se vence.

—No te vendría mal dormir un poco —respondí, ya dispuesto a ver qué había de bueno en la cocina—. Y a ver, ¿te explicó cómo hacía el truquito?

—Eh, si ya viene él, y él mismo te lo explica. ¡Ni el tiempo ni la muerte! ¡Toda la fuerza de los trenes del mundo en colores!

—Ya, ya —dije para terminar la conversación y desentenderme pronto del tema—. Seguro salió a tragarse la fuerza del tren...

—Justamente. ¡La máxima prueba para los sin fe!

¿Creen que me iba a quedar tranquilo? Salí corriendo y en menos de cinco minutos estaba ya junto a la línea férrea para ver a Bobby, el abigarrado cuerpo desnudo con las imágenes moviéndose muchísimo más agitadas, dando algún discurso exaltado y delirante a un vagabundo y un par de viejas de vuelta de misa de tarde.

—Y mientras, llega el hermano escéptico a darse cuenta de la verdad —decía mientras yo corría hacia é—, vamos a ver cómo queda el mundo tras una *verdadera pincelada*.

Se tiró.

No pude hacer nada. El tren venía con todo el ruido y la commoción del mundo por los rieles. Me pareció ver cómo las figuras modificaban sus lugares, se revolvían y después se desperdigaban en lo que quedó sobre la línea: tres o cuatro manchones azules, rojos y amarillos sobre la línea. El cuerpo, lo sólido, como si se hubiera evaporado, ya no estaba: en un segundo, vi a Bobby desaparecer.

Las señoras corrieron a sus casas persignándose. El vagabundo exclamó:

—¡Eh! *Maestro*, ¿no? ¡Otra cosa...!

—¿Qué les dijo? —pregunté sin retirar la vista del suelo coloreado.

—Unas macanas sobre el mundo, que no era bueno... Pero eso no es novedad. Lo otro, lo de cómo se sacaba monos de debajo de la piel, eso... ¡Otra cosa...!

Llegó el cortejo correspondiente: ambulancia, policía, intrusos. Cubrieron con una sábana el suelo, y me interrogaron. Yo ubicaré al vagabundo y a las viejas antes que acabe el día, se los aseguro: si bien Fernando no se acuerda de nada, yo sé que los otros van a confirmar lo de las malditas figuras, que no quedó cuerpo alguno en la línea, que ese cajón está vacío y todo esto es una gran mentira.

En cuanto a mí, no estoy borracho: sólo echo de menos a la gente.

